

## VOCERRANTE (15)

### Epistolario

#### **Apertura (Sobre “White Man Sleeps II”, por Kronos Quartet):**

*(Andante tranquilo)*

*“Las palabras vagan, yerran, buscan. Van y vienen por ahí hasta que encuentran un refugio. En las manos, en los ojos, en cualquier cosa que las rescate del olvido.”*

**(Raúl)**

Este es el decimoquinto programa de

VOCERRANTE.

Bienoídos y bienoídas.

**Raúl**

Sobre una mesa, sobre un pupitre, sobre el banco de una plaza, sobre el camastro de un barco, sobre la mesa del bar, de la habitación o de la cocina, se escribe una carta.

Sostenida ante los ojos. Con manos deslizantes. El papel como todo sitio del silencio.

**Daniel**

Sobre una mesa, sobre un pupitre, sobre el banco de una plaza, sobre sobre la mesa del bar, de la habitación o de la cocina, se escribe una carta.

Sostenida entre las manos. Con ojos deslizantes. El papel como todo refugio de la voz.

2

**Raúl**

El sonido del papel es igual al de la lumbre.

El papel crepita como aninando en su propia lumbre.

El papel es combustible, volátil, dúctil, franco, plegable, arrugable, consumible, degradable, sensible.

El papel es frágil. Frágil como una delicada nervadura.

**Daniel**

“Los chiriguano no conocían el papel. Descubren el papel, la palabra escrita, la palabra impresa, cuando los frailes franciscanos de Chuquisaca aparecen en esta comarca, después de mucho andar, trayendo libros sagrados en las alforjas.

“Como no conocían el papel, ni sabían que lo necesitaban, los indios no tenían ninguna palabra para llamarlo. Hoy le ponen por nombre *‘piel de Dios’*, porque el papel sirve para enviar mensajes a los amigos que están lejos”.

Eduardo Galeano, “Memoria del Fuego”.

3

**Raúl**

La luz de la vela.

La luz de la vela acompaña a las líneas con sombra. La línea cursiva de las cartas manuscritas.

Las cartas en la que el río de tu mano dibujaba letras como mapas.

Dirigidas a alguien.

Firmadas por vos.

Recorridas por sus dedos y su boca.

Puente entre los párpados.

Como una pestaña sutil que pudiera arrancarse y servir de mágica costura, de uno a otro.

**Daniel**

Como el manglar, que arroja raíces del tronco para sostenerse en medio del agua.

Como un barco inseguro que avanzara a tironeos de una vela desplegada.

Las cartas nos dan la forma de nuestras palabras interiores. Aquellas que permiten una forma de mirar y de erigirse.

A través de las cartas tiene lugar la fundación de ese nosotros que nos yergue.

Cartas como anclas a través de las cuales tironeamos la suave o encrespada soga narrativa de nuestras vidas.

Anclas redactadas a mano, con sogas de tinta frágil, negra, azul o quebradiza. Pero asible, legible, acariciable.

Quizás por eso nos sentimos ahora descubiertos, desarmados, inseguros...  
Tendiendo redes, rastros, huellas tan endebles como flojas, las de una serie de bits en una base informática. Sin lugar en el que seguir el relato de los dedos. Sin lugar en el que seguir la huella del relato.

**Raúl**

Escriben. Un niño. Una niña. Dos adultos. Escriben para alcanzar más allá de donde alcanzan sus miradas o sus brazos.

En esa sombra líquida, continuidad de las venas. En ese hilo que se aferra a las fibras del papel, que al mismo tiempo la sostiene y la absorbe; que la asume y la protege. De forma tal que ya no puedan alterar a una sin perjuicio de la otra.

Habla la hoja de papel. Pero habla con la voz del otro.

El silencio es del que escribe y la dicción de su destinatario.

5

Cartas como anclas en el relato de la vida.

Cartas como huellas que dan cuenta del andar.

### **Primer Tema:**

Acabamos de escuchar:

**Baltazar**

Estimada A:

Te mando este pedacito de coral, que está pegado del otro lado de la hoja.

Lo encontré en la arena de la plaza.

En la arena de la plaza había un pedacito coral.

Si uno bien lo piensa, es normal que en la arena aparezcan objetos del mar. Al fin y al cabo, ¿de dónde traen esa arena si no es de la playa?. Los desiertos quedan más lejos.

Es un coral, porque lo hice ver en la veterinaria, donde tienen un acuario. Es un coral que encontré yo solo, con mi rastrillo, y que tuve la precaución de esconder en el balde.

Una pequeña parte del mar. Como si lo estuviéramos mirando juntos.

Guardalo si querés, o usalo como quieras. Es un regalo.

**Chiara**

Querido B:

Me dice mi papá que las vaquitas de San Antonio dan suerte. Ayer tuve una jugando en mi mano, caminando de un dedo al otro y de la parte de adelante a la de atrás.

Para meterla en el sobre tenía que matarla, pero no se me ocurrió forma de matarla sin aplastarla, así que le arranqué las alas y las patitas.

Va pegada en la parte de atrás de esta carta.

Quizás esté viva todavía, así que te va a dar suerte.

Gracias por el coral. Es muy lindo. No sé si se planta o no, pero lo metí con agua, mucha agua, en la maceta del balcón. Espero que no se ensucie.

Un pedacito de mar en mi casa.

Un pedacito de jardín en tu departamento.

¿Conocen el mar las vaquitas de San Antonio?. Guardala y algún día la llevamos.

7

**Daniel**

Paisajes sonoros enviados por correspondencia.

Enviamos cartas cuando estamos lejos. Enviamos rostros, gestos, semblanzas de la lejanía.

Aquello de nosotros que quedó en donde partimos, espera la carta.

Soltamos amarras, como lluvia de raíces.

Enviamos pedacitos de nosotros que quisiéramos retener, regresar, conectarse. Para ver lo mismo pero con los ojos tuyos.

Para que veas lo mismo pero con mis ojos.

**Raúl**

Ya que no hay un yo del antes y después, ni un yo del acá o allá.

No estamos en un lado ni en el otro.

No estamos en un tiempo ni en el otro.

Ni siquiera somos éste o aquel.

Somos la carta tendida, extendida, entre dos momentos o distancia.

Estamos en la carta, en el viaje, en el gesto de la entrega, del despacho, de la remisión y el recibido.

Estamos en la duda de si llegará, del que la envía. Y en la ansiedad de si estará llegando, del que la recibe.

Nos estamos emitiendo y recibiendo. Esperando llegar y esperando que nos reciban.

**Daniel**

Estimados de Abajo:

Salí del avión a las 16:40, hora local. Todo se ve muy grande, extenso y despejado.

Calculo arribaré a las 16:57, más o menos, de acuerdo al momento en el que tire de la hebilla, y de acuerdo a la velocidad del viento que por el momento se mantiene constante.

¿Todo bien por allá?. Acá, todo en picada, bajando, en caída libre, hasta más o menos los mil cuatrocientos metros de altura, más o menos.



Las nubes a esta altura se disipan con facilidad. Debe ser excelente saltar de noche, con las constelaciones rodeándote. Hay un punto en el que sólo la gravedad sabe dónde es arriba y dónde abajo.

Espero que ustedes continúen allí, abajo, sin propensión a flotar, porque en ese caso nos perderíamos a mitad de camino.

A Gonzalez, que saltó dos segundos detrás de mí, lo veo un poco más lejos, como al oeste, y a esta hora justo el Sol me lo pone al contraluz. Lo saludo, pero hace como que no me ve.

A lo mejor todavía está enojado por lo de esta mañana.

Ya se le pasará.

Apenas tengo tiempo de contar, como me indicaron en la escuela de salto.

Pero sé que al vigésimo renglón de la carta, más o menos, ya toca ir buscando la hebilla alrededor de la cintura. Siempre llevo conmigo el dragoncito que me regaló Fernando, aunque a veces se entorpece el piolín con la punta de los dientitos de bronce.

El tirón es brusco, y al principio me hacía reír. Pero ya después es previsible y normal. Como si te arrancaran de un sueño profundo.

¿Gonzalez?. Ah... Ahí se eleva, un poquito más abajo. Ahora me guiña, el pelado. Yo justo me doy vuelta y por más que le guiñe, nunca me va a ver.

Espero que todos estén bien. Seguramente habrán crecido todos, ya que cuando salté del avión eran todos muy pequeños.

Preparen la cena con algo rico. Probablemente también lleve a Gonzalez a comer.

Cualquier día de estos les caemos encima y nos vemos.

**Daniel**

Bitácora del capitán:

A la madrugada, poco antes del amanecer, encallamos en un banco de arena.

Estábamos en plan de huida de la flota de Ganíspedes, cuando un fuerte viento nos empujó hacia esa montaña de arena acumulada durante siglos, en alta mar.

Los bancos de arena no figuran en los mapas. Se forman aleatoriamente en cualquier punto del océano, durante la bajamar.

Debíamos esperar a la Luna, a fin de que la marea permitiera nuevamente la navegación. Mientras tanto, permaneceríamos a plena vista, como un blanco fijo en medio de la ruta de nuestros enemigos.

La arena se había acumulado alrededor de un arrecife de colar, que hacía nuestra presencia aún más llamativa.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

